

*ANÁLISIS DEL ETHOS
RETÓRICO EN LAS CRÓNICAS TAURINAS DE
VICENTE ZABALA Y JOAQUÍN VIDAL*

Almudena Hernández Pérez*



Analizar el *ethos* retórico de un periodista es un trabajo fascinante. Hacerlo además en la obra de dos maestros de la crónica taurina como los desaparecidos Vicente Zabala y Joaquín Vidal es además una obligación para entender el periodismo taurino de los últimos años, raíz sin duda del que se está haciendo en los albores del siglo XXI.

Hace algún tiempo la doctora María Celia Forneas esbozó una definición de la crónica taurina: «Un texto informativo, literario y de opinión» (Forneas, 1998). Hoy resulta obvio que la verdadera crónica taurina es un género periodístico de autor, único y especial, que refleja el talante o *ethos* del cronista. En parte por ello, en la tesis doctoral “J. M. Arroyo *Joselito*. Análisis de sus actuaciones en la plaza de Las Ventas: las crónicas de *ABC* y *El País*” decidimos investigar sobre el *ethos* en las crónicas de Zabala y Vidal, pero también averiguar si de la mera intuición se puede pasar a la demostración de que el *ethos* funciona como elemento que configura las diferentes partes del texto.

* Responsable de la información taurina en *La semana.es* y redactora en la Agencia de noticias *Servimedia*.

En ese camino trazamos algunos límites con el fin de acotar al máximo el objeto de estudio: sólo nos ocuparíamos de las crónicas que ambos periodistas escribieron sobre las actuaciones de un mismo torero y en un mismo escenario. En las décadas de los años 80 y 90 del siglo pasado Vicente Zabala y Joaquín Vidal habían consolidado ya sus crónicas en lo más alto del periodismo taurino y sus líneas eran seguidas por miles de lectores. Por entonces, José Miguel Arroyo *Joselito* era un mandamás en el escalafón de matadores y uno de los diestros más respetados por la exigente afición de la primera plaza del mundo, la de Las Ventas de Madrid. Así que, analizadas las crónicas que encajan en todas estas circunstancias, efectivamente quedó confirmado en la tesis que realicé bajo la dirección de la doctora Forneas que el *ethos* estructura las crónicas taurinas.

Para lograr un máximo acercamiento al talante de estos dos periodistas taurinos se abordó un análisis múltiple de las crónicas de Vicente Zabala y Joaquín Vidal, en las que se tuvo en cuenta la mezcla de información, literatura y opinión. Además, ambos combinaron en sus escritos su categoría periodística, los amplísimos conocimientos taurinos, y añadieron el aderezo del particular, específico y extenso vocabulario con el que se expresan los entendidos en Tauromaquia. Así, gracias a la citada tesis descubrimos que Zabala y Vidal tuvieron que sortear diversas circunstancias cuando se enfrentaban a la redacción de sus crónicas, algunas de las cuales se pueden observar en la manifestación del *ethos* en sus obras.

LIDIAR EL TORO DE LA CRÓNICA

Es evidente que escribir una buena crónica taurina conlleva dificultades. En primer lugar, porque su temática es muy amplia, y también porque el vocabulario taurino está inundado de conceptos que pueden dificultar la comprensión a los lectores no iniciados.

En los tiempos de las crónicas que analizamos aún estaban despertando en España las revoluciones técnicas que tanta inmediatez han hecho ganar al periodismo, como el teléfono móvil y el ordenador portátil. El crítico taurino Javier Villán, que conoció bien a Zabala y a Vidal, asegura que «la primera edición presenta las mismas urgencias, el oficio sustituye a la reflexión y el hábito de la cultura pone el toque literario, histórico o sociológico que requiere la crónica» (Villán, 2007: 19).

Así, para elaborar sus crónicas, los periodistas acudían a Las Ventas antes de la corrida para acomodarse en sus localidades habituales; Zabala sobre las puertas de toriles, y Vidal en el tendido bajo del 10. Y desde allí, sentados sobre el granito, codo a codo con los aficionados, tomaban sus notas para confeccionar sus crónicas. Después del festejo se apresuraban a dictar por teléfono sus textos caligráficos para que en las redacciones de *ABC* y *El País*, respectivamente, se ultimasen los cierres del día, horarios que en pleno San Isidro solían coincidir con la muerte del último toro del festejo. Todo ello teniendo en cuenta, por ejemplo, condicionantes como la incomodidad del asiento o las inclemencias meteorológicas.

Los estudios de tipo descriptivo, como es la tesis que da lugar a estas páginas, apenas suelen dejar cabida al planteamiento de hipótesis, sino que el desarrollo de la investigación consiste en observar, comparar y deducir. Sin embargo, la tesis sí que cuenta con una hipótesis principal: demostrar que el *ethos* funciona como elemento retórico esencial que configura las distintas partes de la crónica taurina.

Pero hay más, pues resulta imposible escribir de una corrida de toros sin tener en cuenta que esa obra artística es fugaz y que, como expresión estética, toca el lado más sensible del observador, sus pasiones y, por qué no, su afición a los toros. Y, más allá de la plasticidad inherente a este espectáculo, quien se pone a escribir sobre toros suele tener en cuenta –porque inclu-

so lo comprueba por sí mismo—, que el artista —es decir, el tore-ro— arriesga su vida en pro de esa creación efímera e irrepetible.

EL CONCEPTO CLÁSICO DE *ETHOS*

Así, para comenzar esa búsqueda del *ethos* que nos planteamos a través de las crónicas de Vicente Zabala y Joaquín Vidal sobre las actuaciones de *Joselito* como matador de toros en Madrid¹, partimos del concepto aristotélico clásico de *ethos* para, posteriormente, tomar la definición que hizo Heinrich Lausberg:

«Los afectos suaves tendentes a la captación de la simpatía y del *delectare* y apropiados para ganarse la afición del público de manera duradera, afectos que también aparecen como disposición permanente del alma» (1990: 257).

Se tomó esta definición de Lausberg y se introdujeron otras cuestiones como el valor ético-moral del cronista y su universo estilístico. El método de hacerlo, como adelantábamos, fue un múltiple análisis de las crónicas encaminado al acercamiento al máximo al descubrimiento del *ethos* de Zabala y de Vidal en sus crónicas sobre las actuaciones de *Joselito* en Las Ventas:

I. Un primer análisis de las crónicas a modo de descubrimiento, es decir entendiéndolas a partir de la definición que hizo la profesora María Celia Forneas: como «un texto informativo, literario y de opinión». Se constata esa definición, pues las crónicas estudiadas ofrecen datos, obligan al ejercicio de unas habilidades literarias y reflejan una subjetividad, tanto que los periodistas parecen haber presenciado festejos distintos.

¹ Desde 1986, año en que *Joselito* tomó la alternativa, hasta 1995. En diciembre de este año falleció Vicente Zabala y no pudo presenciar los triunfos del madrileño en Las Ventas en 2006.

II. Después, conforme a la *Retórica* aristotélica, se trató de distinguir las diferentes fases del discurso clásico que se pueden plantear en la crónica taurina: la *inventio* o elección del tema sobre el que hablar; la *dispositio*, o estructura con la que se articula el discurso; y la *elocutio*, o el aderezo retórico con el que se da forma al mensaje.

III. En ese punto, se hizo un análisis comparativo entre ambos periodistas. En las crónicas no sólo se detectan los estilos, el *ethos* y los valores taurinos de los periodistas, sino también se pueden obtener trazos de la tauromaquia y personalidad de *Joselito*. También había que tener en cuenta esas circunstancias comunes: la misma corrida de toros, el mismo torero y la misma plaza.

IV. Y, finalmente, se analizaron las crónicas tratando de distinguir el *ethos* de sus autores a través de lo que avanzó Aristóteles en su *Retórica*, a saber: buscando en las crónicas las máximas, las referencias a tres grandes protagonistas del espectáculo taurino (como son los toros, los toreros –en particular el matador *Joselito*– y el público), las filias y fobias taurinas o no taurinas de los autores, el uso de autorreferencias (personales o profesionales), sus reacciones ante los grandes acontecimientos como son los triunfos y las cogidas, y, también, los valores y el léxico taurinos utilizados, pues todas estas y otras muchas variables influyen en la forma de contar la corrida de toros.

La crónica taurina es sin lugar a dudas, una narración subjetiva y libre: por lo tanto, está entre la realidad y la fabulación. Dijo el maestro Gregorio Corrochano: «En Tauromaquia nunca se sabe si lo que se dice es verdadero, aunque todos creen conocer la

verdad»². También debemos recordar que la crónica está realizada por aficionados. En esta línea, como dijo Juan Belmonte, «se torea como se es»; podríamos añadir que «se escribe como se es». En definitiva, el estilo es el hombre.

EL *ETHOS* DE VICENTE ZABALA

Vicente Zabala Portolés dirigió la sección taurina del diario *ABC* durante más de dos décadas. Falleció en un accidente aéreo en diciembre de 1995, cuando se encontraba cubriendo la campaña taurina americana. El trágico desenlace demostró públicamente que el autor había logrado el reconocimiento de los profesionales taurinos, aunque siempre había defendido que trataba de evitar *taurinear*, es decir, intimar con toreros, ganaderos, empresarios y apoderados. Como homenaje *ABC* publicó el 22 de diciembre de 1995 un amplio despliegue dedicado a él.

Zabala Portolés³ nació en Madrid el 27 de enero de 1937. En el momento del siniestro aéreo tenía 58 años. Su infancia la vivió en Sevilla, donde *aprendió a leer* (Zabala, 1987) y realizó sus estu-

² (Corrochano, 1999: 24). Para entender mejor esta afirmación, reproducimos el fragmento completo que la contextualiza:

«La mayor dificultad de la crítica taurina está en que falta el objeto de referencia. Todo ha pasado. No queda rastro de la corrida. Alguna fotografía aislada, como documento de autenticidad, refleja, si acaso, un momento, un detalle, ni siquiera una suerte completa. Apoyamos la razón en lo que vimos y ya no vemos. Lo que se ve varía con el punto de vista, con la mirada y con lo que hay detrás de la mirada. La buena o mala disposición del que mira, la intención, que es lo que hay detrás de la mirada, es donde se sitúa el mal de ojo. No podemos desconocer que el mal de ojo existe en las plazas de toros. La crítica, aunque sea sincera, serena, juiciosa y docta, como tiene su origen en la mirada, no tiene fundamento estable. En tauromaquia nunca se sabe si lo que se dice es verdadero, aunque todos creen conocer la verdad. ¿Es que estoy yo seguro de lo que digo? Si no lo estoy, ¿por qué me atrevo a definir? No me atrevo. Voy apoyándome en lo que vi hacer a los grandes toreros de mi tiempo y en lo que vieron otros que nacieron antes que yo y conocieron toreros que yo no conocí».

³ AA.VV. (1995): *ABC*, 22 de diciembre.

dios primarios. Los secundarios los cursó en Madrid, donde hizo la carrera de Periodismo en la Escuela de la Iglesia y en la Oficial. En las cubiertas de su obra *La entraña del toreo* (*Ibidem*, 1968) descubrimos que para obtener esa doble graduación había presentado una tesis académica de fin de carrera sobre la historia de la crítica taurina, asunto que también abordamos en estas páginas.

Debutó como informador taurino en la Agencia Logos, de la Editorial Católica, en 1960. Dos años después, fue nombrado redactor jefe del semanario taurino *Fiesta Española* y en 1964 empezó a colaborar en la revista de toros *El Ruedo*. Cuando murió, en diciembre de 1995, hacía 23 años que había accedido a la jefatura de la sección taurina de *ABC*, donde en 1972 sucedió al famoso crítico taurino Antonio Díaz-Cañabate.

A su biografía profesional se pueden añadir otros datos, como que en 1965⁴ se había hecho cargo de la crítica taurina del diario vespertino *El Alcázar*, editado por Pesa. De ahí, Zabala pasó a ocupar la tribuna taurina del *Nuevo Diario*, de la misma empresa. En estos últimos años sesenta crea el programa *Revista de Toros*, de Televisión Española, en el que se mantiene hasta 1973.

También, en los últimos años de la década anterior, es nombrado cronista taurino de *Blanco y Negro*, sustituyendo en el puesto al académico e historiador José María de Cossío. No era la primera participación de Vicente Zabala en Prensa Española, pues había colaborado en la sección cultural del periódico. También colaboró en la Agencia Efe (1977–1985), Antena 3 Radio y Antena 3 Televisión, además de *Balcón Taurino* –que dirigió– y la revista taurina *Aplausos*.

Para entender su trayectoria profesional como periodista debería considerarse también su afición a los toros. Vicente

⁴ En la citada biografía consultada en *Tiempo de esperanza* dice que fue en 1963.

Zabala se había iniciado en el espectáculo taurino desde niño y en la adolescencia se acercó a la familia Bienvenida, con cuyos miembros forjó una fuerte amistad. Además, se casó con Peñuca de la Serna y Ernst, hija del torero Victoriano de la Serna.

Esa afición queda reflejada por su propia pluma. En 1987, según puede leerse en otro de sus libros, *Tiempo de esperanza*, Vicente Zabala afirmaba que acababa de cumplir «sus bodas de plata profesionales», con «más de 3.500 corridas presenciadas» durante 25 temporadas. Confesaba que había estudiado Periodismo para expresar con su pluma lo que veía en el ruedo y sobre lo que debatía en la peña taurina “Los de Hoy”, que fundó. Leemos que había observado que «muchas veces lo que veía en la plaza no lo leía al día siguiente en los periódicos, ni tampoco en los semanarios sobre la Fiesta de Toros»⁵.

En *La entraña del toreo* Zabala reflejó lo que supone hacer crítica taurina:

«El género periodístico de la crítica taurina, con propia personalidad y no poca calidad literaria en todos o casi todos los críticos citados [se refiere a *Giraldillo*, García Rojo, Antonio Bellón, Alardí, Capdevila, Federico Alcázar, *Clarito*, *K-Hito*...], no me acaba de satisfacer plenamente. El aspecto informativo, al contrastarlo con lo acontecido en el redondel, me sumía en un auténtico mar de confusiones. Junto a la crítica veraz no faltaban otras con cierto tufillo de mediatización –‘publicidad’ lo llaman ahora–, que me hizo buscar por otros cauces la forma de conocer a fondo los problemas de la Fiesta, el por qué de cuanto se realizaba en el albero, las reacciones de los toros, la ciencia del arte del toreo. Quería –necesitaba– pulsar dónde terminaba la verdad y dónde comenzaba el fraude»

(Zabala, 1968: 16).

⁵ AA.VV. (1995): *ABC*, 22 de diciembre.

Zabala publicó varios libros (*La entraña del torero*, *La ley de la Fiesta*, *Hablan los viejos colosos del torero*, *Restauraremos nuestra Fiesta Nacional*, *Tiempo de esperanza*, entre otros) y recibió diversos premios. Sus conocidos dicen que se sabía «de *pe a pa* la historia del torero» y que en sus crónicas se refería «a los recuerdos juveniles de los toreros de su niñez y de todos aquellos que habían contribuido a hacer grande la tradición de la Fiesta Nacional», según aquel despliegue de *ABC*.

En el diario *El Mundo* había ejercido la crónica taurina durante varios lustros el citado Javier Villán, quien escribe así sobre Vicente Zabala Portolés:

«Cuando Vicente Zabala murió en 1995 (...) los buenos aficionados a los toros exhumaron de sus recuerdos lo que más carácter dio a su dilatada carrera de crítico taurino: la cruzada de sus primeros tiempos contra la corrupción y el “sobre” y su gallardía frente a la impostura de *El Cordobés*. (...) La autoridad que alcanzó Zabala está ligada a esa actitud insumisa de los años sesenta y primeros setenta y, posteriormente, a la solera histórica de las páginas taurinas de *ABC*. En un ambiente viciado de la crítica taurina, en una alarmante depresión de sus supuestos éticos y orientadores, Vicente Zabala alzó una voz que, entonces, muchos consideraron excesiva y que fue parte importante de un movimiento liberador. El mérito de Zabala fue elegir la oportunidad y el tono; aprovechó la necesidad histórica y fue un revulsivo contra el conformismo. (...) Estos fueron los primeros tiempos de Zabala y eso no tiene vuelta de hoja, aunque más tarde atemperara su fuego libertador. Zabala puso el foco en los vicios de la Fiesta y, de resultas, los focos se centraron de nuevo en la importancia de la crítica taurina como contrapoder. Aunque más tarde rebajara su tono (...) y fueran, Navalón primero y Vidal después, los más justicieros»

(Villán, 2006: 361).

Tras estos breves apuntes biográficos, retomemos algunas notas destacables en la búsqueda del *ethos* que realizamos en la tesis doctoral citada. En las crónicas estudiadas de Vicente Zabala se ve que el autor usa la primera persona y ofrece consejos tanto a los toreros como a otros protagonistas del orbe taurino. Sus crónicas tienen un tono sobrio, nostálgico, muestran sus inclinaciones políticas, su apoyo a la Corona –algo a lo que también acostumbra el *ABC*– y dan pistas sobre su círculo de amistades. Se puede decir además que Vicente Zabala era un *castizo* de Sevilla, pues parece que su corazón estaba dividido entre Madrid y Sevilla, taurinamente hablando.

En esa nostalgia que impregna sus crónicas destaca sobremanera el apellido de la familia Bienvenida, con cuyos miembros le unía una gran amistad y admiración. Sin embargo, Vicente Zabala no se obceca en su reconocido *bienvenidismo* cuando tiene que destacar los méritos de otros toreros, algo que también hizo, cuando la ocasión lo merecía, con *Joselito*. No obstante, se detecta el matiz de que Zabala no le perdonó que se apodase como el matador sevillano José Gómez Ortega, *Gallito*, conocido como *Joselito*.

Algunas de estas cuestiones pueden apreciarse en la crónica “¡Y no estaban las figuras..!” , publicada en *ABC* por Vicente Zabala, el 31 de mayo de 1986:

«El público enfilaba hoy la calle de Alcalá arriba en ese lento y delicioso, esperanzador e ilusionado, caminar hacia las Ventas diciendo que iban a ver a *Joselito*. Ni más ni menos. Un poco fuerte suena eso ¿Verdad usted? El chaval madrileño ha elegido un apodo que cuando se fija uno en los carteles entra un no se qué por el cuerpo... Hace muchísimos años me decía don Manuel Bienvenida, en la terraza de la torera casa de General Mola mientras contemplaba a sus hijos en el ajeteo del toreo de salón en el jardín, que cuando murió *Joselito* decía la gente que se habían extinguido para siempre las escuelas taurinas. No iba

el *Papa Negro* por las escuelas propiamente dichas, tal y como las entendemos hoy a través de esas escuelas patrocinadas por Ayuntamientos y Comunidades Autónomas de las que procede este *Joselito* de hoy, precoz y despabilado, sino a lo que se entendía como torero de escuela».

En las crónicas analizadas Vicente Zabala deja a los toros en un segundo plano, prefiriendo ocuparse de hablar de los toreros, las negociaciones de los apoderados con las empresas de las plazas, el público y la política. Sin embargo, cuando habla del ganado, denuncia la falta de fuerza, mansedumbre y presentación. Zabala reclama calidad en el toro, que se recobre la casta y la variedad ganadera.

Finalmente, cuando el autor se refiere al público, suele hablar del famoso tendido 7 de la plaza de Las Ventas, lo compara con otras aficiones, como la de Sevilla y Pamplona, con el *señoriteo* y con sus amistades, y a veces va más allá, convirtiéndose en protagonista, como parte del público, a través de autorreferencias.

En la tesis referida atendemos a las fases de elaboración del discurso que marcaba Aristóteles. Hemos visto que en la *inventio* utiliza la línea psicológica, por ejemplo, para apelar al público, a los toreros o al lector para justificar sus planteamientos.

En la *dispositio*, observamos en primer lugar que los titulares suelen ser nominales y largos y que los textos guardan el siguiente esquema:

– Primero utiliza una larga digresión, fruto quizás del gran espacio con el que trabaja (casi una doble página para la crónica del día), en la que se ofrecen algunas hipótesis. Esa digresión suele comenzar en la entradilla, que no responde a la técnica informativa de las cinco cuestiones, lo que retrasa la crónica en sí, ofreciendo primero un relato más social y costumbrista.

– En segundo lugar se ocupa de la labor de los toreros, normalmente por orden de actuación de éstos y a veces de antigüedad.

– En tercer y último lugar, Vicente Zabala suele coronar sus crónicas con un breve párrafo de conclusión y resumen.

Durante los análisis que se llevaron a cabo para la tesis doctoral a la que nos referimos, también apreciamos en cierto modo la forma en que el autor reaccionaba ante los acontecimientos. Por ejemplo, cuando la crónica versa sobre una cogida o un gran triunfo, Zabala vuelca en su texto un tono dramático o jubiloso, llegando incluso a reconocer que está improvisando⁶.

Respecto al uso de elementos gráficos, hemos observado que en las crónicas que analizamos de *ABC* sobre las actuaciones de *Joselito* en Las Ventas, parece que Zabala utiliza los ladillos como una herramienta que tiene un papel más narrativo que estético, y que al igual que los pies de foto, sumarios e ilustraciones, le permiten mostrar sus opiniones sobre la corrida o sobre otras cuestiones del planeta taurino.

En la fase de la *elocutio* o del aderezo retórico del discurso hemos visto que las crónicas de Zabala muestran su concepto de Tauromaquia a través de citas, ejemplos, recuerdos, anécdotas y vivencias; que incluye el periodismo dentro del periodismo con autorreferencias, para defender su imparcialidad y método de hacer las crónicas, y que utiliza los estilos *movere*, *delectare* y *docere*.

EL *ETHOS* DE JOAQUÍN VIDAL

Joaquín Vidal Vizcarro también estudió en la Escuela Oficial de Periodismo (entre 1960 y 1963). Comenzó a escribir en el diario *Hierro* y después en *Pueblo e Informaciones de*

⁶ Un ejemplo de esto que decimos lo encontramos en la crónica “Gravísima cogida del peón Antonio González” (*ABC*, 23 de mayo de 1988): «La cosa no estaba para bromas ni nosotros tenemos, en el momento de transmitir urgentemente desde un teléfono de la plaza esta crónica absolutamente improvisada, el ánimo para hablar de pases naturales y derechazos» .

Madrid. Fue jefe de prensa del Instituto Social de la Marina. Antes de entrar en *El País* escribía de toros una columna satírica en el semanario humorístico *La Codorniz*, bajo el título “Las vacas enviudan a las cinco”. También fue autor de temas extra-aurinos, practicó el reportaje, la entrevista y la columna, colaboró en la Cadena SER y escribió crónicas en la *Gaceta Ilustrada*, *La Actualidad Española* y *Nuevo Diario*. Publicó asimismo en *Taurología*.

Este periodista «es otro gran defensor del toreo en su plenitud y belleza. Su estilo es certero, con un punzante sentido del humor, con una dialéctica prácticamente invulnerable, convincente, de una valerosa objetividad. Su crítica se ha revelado, en su coherencia y orden, como un testimonio imprescindible del toreo de nuestros días»⁷. En sus crónicas puede verse en cierto modo que Vidal volcaba sus propias teorías sobre la Tauromaquia, según comenta el *Cossío*:

«Periodista de grandes recursos literarios, ha sido un defensor de la pureza de la Fiesta y ha influido notablemente en la afición madrileña con su defensa de la ganadería brava y de su propia concepción de la Tauromaquia. Muchos consideran que esta defensa sólo ha dado lugar a un culto equivocado del toro de gran peso y genio en detrimento de su bravura y movilidad. Poco transigente con figuras del toreo y los ganaderos, Vidal era excesivamente crítico al juzgar el espectáculo. Beligerante y reivindicativo, se granjeó antipatías en todo el mundo profesional taurino, pero sus crónicas de *El País* durante más de un cuarto de siglo fueron y son un punto de referencia en la historia de la tauromaquia»

(Pizarroso, 2007: 278)

⁷ AA. VV. (2007): *El Cossío. Los Toros*, Espasa Calpe, Madrid, Tomo 8, pág. 645.

El crítico Javier Villán, que compartió con él tardes de toros, le retrata así:

«Ironía, humor a veces sarcástico y, casi siempre, un fondo de melancolía sobredorada por un excelente lenguaje. A todas las figuras señeras de la crónica taurina se les ha acusado siempre de lo mismo: antitaurinos; y pésimos aficionados, aunque buenos escritores. Es la venganza del sistema, de los intereses perversos que, con las lógicas excepciones, en vez de servir a la Fiesta, se aprovechan de ella. Joaquín Vidal era un excelente escritor y, por descontado, amaba la Fiesta. Es imposible no amarla y, sin más premio, viático o bicoca que el sueldo de un periódico, escribir al año centenar y medio de crónicas. Y hacerlo con la excepcional prosa de Joaquín»

(Villán, 2006: 377).

La filosofía y la razón de ser de la información taurina del diario *El País* queda definida desde sus primeros días. María Cruz Seoane y Susana Sueiro, en *Una historia de El País y del grupo Prisa*, confirman que en la sección “La Lidia” de *El País* sólo hay un nombre, el de Joaquín Vidal:

«En cuanto a los toros, según Joaquín Vidal, que se ocupó de la sección “La Lidia” (tras un brevísimo paso por ella de Alfredo Corrochano), encuadrada al principio en Deportes, había mucha curiosidad entre taurinos, intelectuales y periodistas antes de la salida del periódico: daban por seguro que no se ocuparía de ellos por tratarse de un periódico con vocación europea: ‘Estamos en España –le dijo Cebrián– donde la Fiesta constituye una realidad social y compartimos la idea orteguiana de que forma parte de nuestra cultura’. Sin embargo, son muchos los aficionados que estiman que el periódico se ocupa muy poco de la Fiesta (...). Claro que a otros lectores, ferozmente antitaurinos, les gustaría que *El País* hubiera imitado en esto a *El Sol*. Es la vieja polémica, que se remonta al siglo XVIII, entre defensores y detractores del antiguo espectáculo»

(Seoane; Sueiro, 2004: 68).

El diario *El País* dedicó la página 34 del 11 de abril de 2002 a la muerte de su cronista taurino. Vidal había escrito en este periódico más de 5.000 artículos. Su compañero de redacción Miguel Mora cita el último, del 19 de marzo, “Temporada”:

«Sabe un servidor que le llamarán derrotista y enemigo de la Fiesta. En esta cuestión (y en otras, no se crea) tiene amplia

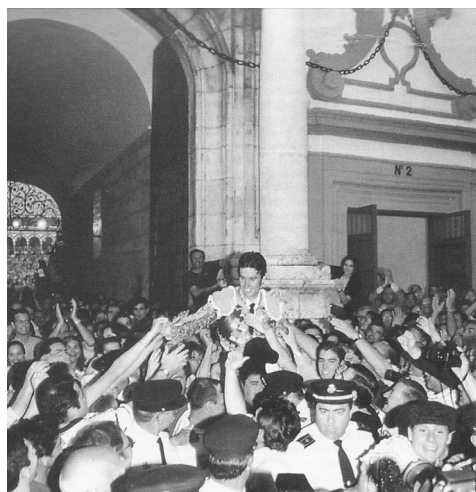


Fig. n.º 3.- *El torero Joselito saliendo por la Puerta del Príncipe, Sevilla, Abril 1997. Apud 6toros6 n.º 147.*

experiencia. También dirán, por lo mismo, que no sabe escribir de toros. Sin embargo, tampoco conviene ser tan radical. Algunas veces sí sabe (más o menos). Dicho sea sin ánimo de ofender y mejorando lo presente».

Mora continúa refiriéndose al «radicalmente negativo» diagnóstico del estado de la Fiesta de Vidal. Añade que era, «no por nostalgia, sino por una defensa feroz de la integridad del

espectáculo», de ahí que el crítico diese *leña* en sus crónicas «a los *isidros*, los figurones que torea con el pico de la muleta y a base de rechazos, los subalternos que dan consignas absurdas desde el burladero (*toca, toca*), los empresarios golfos, los picadores que tapan la salida y hacen la carrioca, los ganaderos que crían toritos que se caían yertos en el ruedo».

En la forma de escribir también tendrían que influir las condiciones anecdóticas en las que Vidal redactaba. Mora recuerda esos métodos cuando el crítico acudía a Las Ventas, metido en el chiscón de un garaje cercano, con poca luz y menos tiempo, entre coches y humos», desde donde «mandaba la ficha y luego un texto impecable y un pie de foto editorializante».

Vidal había heredado la afición de su padre, que se vino a Madrid cuando él tenía cuatro años. En su juventud el periodista prefirió leer el *Cossío* a irse al Retiro. Tal era su afición que dejaba vislumbrar los que fueron sus toreros favoritos reconocidos, según desvela Mora, como Antonio *Bienvenida*, Curro Romero y Rafael *de Paula*. También se inclinó por los *modestos* como José Pedro Prados *El Fundi*, Víctor Puerto o Domingo Valderrama, y por las dotes lidiadoras de Luis Francisco Esplá. Precisamente, este torero, en una entrevista que concedió para la tesis doctoral de la que hablamos, se sinceraba: «Era un tío muy divertido. Manejaba un humor muy tipo Gómez de la Serna, ese humor castizo y muy fino, sutil, tan bien desglosado, como habrá visto usted en sus crónicas». A lo que añade: «Era entrañable. (...) Todo lo que en las crónicas puede traslucir severidad, rigor, dureza, porque son así muchas de ellas, en persona no tenía nada que ver» (Hernández Pérez, 2009: 504). «Era buen aficionado», explica Esplá. «Lo que pasa es que yo creo que en ese aspecto era demasiado riguroso. El espectro de los toreros y el espectro del toro que él tenía era muy ceñido, estaba muy circunscrito a una fórmula. En ese aspecto sí que reconozco que no tenía ese espectro amplio de otros críticos», concluye el torero.

En *40 años después. Temporada taurina 1987*, libro publicado al cumplirse cuatro décadas de la muerte del torero Manuel Rodríguez *Manolete*, se recoge una particular crónica escrita por el periodista de *El País*. En ella indica que «la vida de un crítico taurino deslumbra a tres, y los tres están mal deslumbrados». Y prosigue diciendo que es:

«Cierto que algunos críticos taurinos son el ombligo del planeta de los toros, pero éstos constituyen la excepción» cuestionándose Vidal sobre «qué hace» el crítico taurino sin lectores. A continuación se plantea la tesis de un crítico que tuviera que escribir una crónica contando su vida, «siempre obligado por las circunstancias, naturalmente; por ejemplo, en casos de amenaza de cese fulminante», una realidad que tendría que contar «desde la veracidad mas estricta»

(Vidal, 1988: 50).

Pero deja esa habitual ironía para teorizar sobre el papel del crítico taurino:

«No cabe duda de que el crítico taurino cumple una función en el desarrollo de la Fiesta, cada cual según su criterio y la visión que le haya asignado el medio para el que trabaja. La resultante inexorable es el grado de credibilidad que tenga en los lectores, y aquí cada cual se las arregla como puede. Los hay que, en las ferias, se introducen a fondo en el taurinismo, confraternizan con toreros, apoderados y ganaderos, están en todas sus salsas. Es su estilo, y hacen bien. Otros, entre los que me cuento, no se introducen en el taurinismo, guardan las distancias. Es su estilo y, asimismo, hacen bien.

La función del crítico taurino, entiendo, debe ser principalmente periodística. La crítica taurina es una modalidad, entre muchas, del periodismo, y su visión primera ha de ser informar. Tiene también otras, naturalmente, pues tratándose de crítica, es preciso que dé su opinión y ésta ha de ser rigurosamente honesta, en todas sus ver-

tientes: de lo visto, la verdad; de su exposición, la sinceridad; de su análisis, la preparación de base precisa, que ha de aplicar al estudio responsable de lo acontecido. En la crónica no es forzoso –ni siquiera conveniente– que tengan un lugar uniforme y cronológico todos los elementos de la corrida vista. La omisión consciente y responsable, la alteración del orden de lo sucedido en función de su importancia, también son formas de crítica, y ahí han de entrar, por fuerza, las normas del periodismo, y a su vez, el estilo de cada cual; siempre éste subordinado a aquéllos»

(*Ibidem*: 52).

El periodista no sólo habla en sus textos de los toros y de los toreros, también da protagonismo a los públicos, y dentro de éstos, incluye a ciertos sectores de la plaza de toros de Madrid, con los que Vidal muestra su afinidad, como la andanada del 8 de Las Ventas, donde «se concentran los mejores aficionados», o también «en el tendido bajo del 7», escribió en *El toreo es grandeza* (*Ibidem*: 62).

En el análisis de las crónicas sobre las actuaciones de José Miguel Arroyo en Las Ventas, según las conclusiones de la tesis citada, Vidal ejerce un periodismo taurino de denuncia de las irregularidades de la Fiesta, para lo que suele acompañar sus crónicas de fotografías que reflejan ese tono más negativo del espectáculo. Esta característica, quizás, permite ampliar las fronteras de su público, pues Joaquín Vidal era leído también por muchos no aficionados, que acudían a sus crónicas porque además el autor era capaz de construir historias muy interesantes.

Sin embargo, la investigación citada corrobora que Vidal fue buen aficionado y que, como tal, supo descubrir posibilidades en muchos toreros, como fue el caso de *Joselito*. Cuando Vidal se enfrentaba a triunfos, según se ve en sus crónicas, se dejaba llevar por el sentimiento y la literatura; mientras que si la lidia era desafortunada o no acertada, utilizaba la ironía y el humor más ácidos, dos recursos también necesarios.

La citada tesis refleja que las crónicas de Vidal son una suma de poesía, humor, buena pluma, léxico taurino, lenguaje culto y lenguaje popular. Vemos algunas de estas cuestiones en la crónica del 28 de mayo de 1988 (*El País*), titulada “Torear es así”:

«Estábamos en qué es torear, a estas alturas aún, medio siglo después de que Belmonte dijera cómo. Estábamos en que torear es, según algunos, dar pases sueltos con su aderezo de agitación y pico; según otros, *Don Tancredo* con un trapo, cuando subió ayer *Joselito* al encerado y explicó que es así, el toro traído hacia el terreno del torero, el torero ganándole terreno al toro: encuentro, armonía, dominio. Hubo un grito en el tendido: “¡*Antoñete*, aprende de tu nieto!”. Qué va a aprender *Antoñete*, si es el *Catón*. Pero alguna verdad subyacía en aquella frase hiriente: *Joselito* sí es nieto de *Antoñete*, nieto ideológico, aprendiz de sus enseñanzas, admirador de su honesta ejecutoria, imitador de su hombría torera».

En cuanto a las fases de elaboración del discurso, en la tesis se descubre que en la *inventio* Vidal muestra al menos dos *Joselitos*, el de los inicios, en los años 80, un torero prometedor, y el de sus últimos años de actividad, en el que se muestra a un torero que ya no sorprende tanto. Pero hay algo que destaca sobremanera en sus crónicas, la defensa del toro-toro. Y esa defensa la hace a través de referencias al público (en especial al tendido 7), y criticando a colectivos cuya imagen de toro ideal quizás no coincide con la del periodista, como son los *taurinos*, todos esos profesionales y personajes que merodean en el planeta de los toros, y lo que el propio Vidal citó como el *joselitismo*, el numeroso grupo de seguidores de *Joselito*.

Leemos el 16 de mayo de 1997, en “Una oreja porque sí”:

«A la pareja que tenía atrás ayer le sorprendió enormemente el paseíllo. Preguntaba ella: ‘¿Por qué se van hacia la derecha si están las capas a la izquierda?’ Respondía él: ‘No les han debi-

do avisar y van al buen tun tun'. Poco después, al ver cómo los toreros llegaban a la barrera y se deshacían en reverencias, la chica averiguó el motivo: '¡Ah, claro! No me había dado cuenta. Es que está ahí arriba la madre del Rey y la cumplimentan'. Tarde adelante la pareja hizo uso de sus derechos democráticos, pidió la oreja para *Joselito* y les colmó de felicidad que sus deseos fueran satisfechos».

En la *dispositio*, las crónicas analizadas de Joaquín Vidal suelen responder a una estructura estable, de tres partes, aunque siguiendo un esquema narrativo circular marcado por un hilo conductor o tema. Sus titulares son breves, a veces de una sola palabra, lo que obliga a leer el texto para entender completamente su significado. Dado el diseño de *El País*, las crónicas son más breves y más ágiles, característica provocada por la buena pluma del autor. Todo ello contribuye, sin duda, a que sean crónicas accesibles al lector no iniciado. Respecto a cómo afronta los acontecimientos, Joaquín Vidal se muestra afectado ante los percances y suele buscar razones y explicar los motivos en sus crónicas.

Por último, en la tercera fase de elaboración del discurso, la *elocutio*, hemos descubierto a un Joaquín Vidal que usa preguntas retóricas, hipérboles, metáforas, citas y adjetivos, y que estos suelen ser numerosos, variados y sonoros especialmente cuando forman parte de descripciones de toros, pues este autor siempre mira al toro para juzgar al torero.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1995): *ABC* 22 de diciembre.
- AA.VV. (2007): *El Cossío. Los Toros*, Madrid, Tomo 8, Espasa Calpe.
- Aristóteles (1990): *Retórica*, Editorial Gredos, Madrid. (Quintín Racionero, traducción introducción y notas).
- Chaves Nogales, Manuel (2009): *Juan Belmonte. Matador de toros*, Barcelona, Libros del Asteroide.
- Corrochano, Gregorio (1999): *Tauromaquia* (Volumen que incluye *¿Qué es torear?*, *Teoría de las corridas de toros y Cuando suena el clarín*), Madrid, Espasa Calpe.
- Forneas, María Celia (1998): *La crónica taurina actual. Un texto informativo, literario y de opinión*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Hernández, María Almudena (2009): *J. M. Arroyo Joselito. Análisis de sus actuaciones en la plaza de Las Ventas: las crónicas de ABC y El País*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Lausberg, Heinrich (1990): *Manual de Retórica Literaria. Fundamentos de una Ciencia de la Literatura*, Madrid. Gredos.
- Pizarroso, Alejandro (2007): “Cátedra del toreo”, en *El Cossío. Los Toros*, Tomo 30, Madrid, Espasa Calpe.
- Seoane, María Cruz; Sueiro Susana (2004): *Una Historia de El País y del Grupo Prisa. De una aventura industrial a una gran industria cultural*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Vidal, Joaquín (1988): *40 años después. Temporada taurina de 1987*, Madrid, Espasa Calpe.
- _____ (1988): “Torear es así”, *El País*, 28 de mayo.
- Villán, Javier (2006): *La crítica taurina. Antología*, Madrid, Marenstrum.

- _____ (2007): “Regeneracionismo y calidad literaria (1981–1995)”, en *El Cossío. Los toros*, Tomo 30, Madrid, Espasa Calpe.
- Zabala, Vicente (1968): *La entraña del toreo*, Madrid, Prensa Española.
- _____ (1986): “¡Y no estaban las figuras..!”, *ABC*, 31 de mayo.
- _____ (1987): *Tiempo de esperanza. Ante la temporada taurina de 1987*, Madrid, Espasa Calpe.
- _____ (1988): “Gravísima cogida del peón Antonio González”, *ABC*, 23 de mayo.

